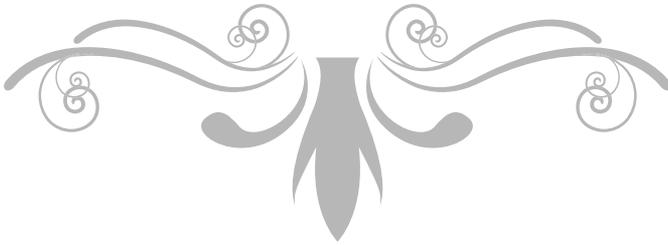


Carmen Santaella

FUNERAL EN GREYFRIARS

El secreto de dos almas reencontradas



la esfera  de los libros



Una de las cosas que más disfrutaba era empezar agosto con la mente fija en septiembre. Para mí era el principio del año; siempre me había parecido la casilla de salida, la oportunidad anual para hacer las cosas bien, para cumplir propósitos y para empezar de cero. Era profesora de inglés en un instituto, mi pasión por la Filología inglesa llevaba años manteniéndome entre las cuatro paredes de un aula llena de hormonas haciendo la conga, pero había decidido que era el momento de salir de ahí. Tras ocho años juntos, mi pareja acababa de dejarme y, como volver del colegio a una casa con sus cajones vacíos no era una opción que pudiera soportar, ni siquiera lo iba a intentar. En realidad, no tenía un plan B, pero si la vida con Pablo había terminado, lo único compatible con mi salud mental en ese momento era alejarme de todo lo

que tenía que ver con él. Aunque ello implicara dejar mi casa, mi trabajo y, con un poco de suerte, también España. Mi primera idea fue pedir una excedencia. Lo hubiera hecho, pero Pablo me dejó de una forma tan fría que mi mente no se planteaba una segunda oportunidad y mi orgullo siempre había sido más fuerte que mis ganas de pulsar el botón de rebobinar. Ninguna idea me resultaba más atractiva que la de escapar de todo lo que me pudiera recordar que, en mi cabeza, siempre habíamos tenido una relación sana y feliz.

Una noche, mientras pensaba en mi estrategia para abandonar el colegio sin dar demasiadas explicaciones, sonó mi móvil. Era mi hermano, Adri. Aunque nos separaban cinco años, la diferencia de edad fue reduciéndose con el tiempo hasta convertirnos en mejores amigos. Le echaba de menos todos los días, pues hacía cuatro años que también él lo dejó todo para irse a otro país. Ahora vivía en Edimburgo y trabajaba como guía turístico en una empresa española; siempre había sido su sueño frustrado y, aunque me hacía falta cada día, nada me tranquilizaba más que verle tan feliz. No obstante, no eligió Escocia porque sí, sino que fue por amor. Conoció a una chica irlandesa durante su Erasmus en Belfast; se llamaba Abby, y aunque yo todavía no la conocía, estaba a punto de hacerlo.

—Tan oportuno como siempre —respondí la llamada bromeando.

—¿Qué hacías?

—Pues nada. Pensar en cómo decirle a Emily que me largo sin dar demasiadas explicaciones.

Emily era la directora y, aunque teníamos una relación estrictamente profesional, le encantaba inmiscuirse en la vida de los demás, hasta tal punto que, en muchas ocasiones, me había hecho sentir incómoda.

—Pues no las des, Alba. Di que te ha surgido una oportunidad mejor, que muchas gracias por todos estos años, que estás muy agradecida y todas esas cosas que se dicen, pero que no se piensan.

—¡Uy! —No pude evitar reirme—. Tú no conoces a Emily. La tía es una cansina, seguro que va a sonsacarme hasta la razón por la que Pablo me ha dejado y no la sé ni yo.

—¿Quieres hablar de ello? —su tono cambió.

—No. Quiero irme de esta casa.

—¡Vente con nosotros unas semanas! Te he dicho un trillón de veces que vengas a verme, que Edimburgo te va a encantar y aquí tienes pensión completa.

—¿Y qué hago yo allí, Adri? —pregunté agobiada. Tengo productividad tóxica y la idea de no tener nada útil que hacer me tenía en un sinvivir.

—Pues descansar y darle un respiro a esa mente inquieta, que va a doscientas mil revoluciones por segundo.

Yo sabía que era más fácil volver con Pablo que alcanzar el estado de paz que mi hermano me proponía, pero acepté igualmente. Era verdad que nunca había ido a visitarle, mi expareja nunca se esforzó por pedir días en el trabajo y yo siempre tuve la teoría de que mi hermano no era santo de su devoción. Siendo totalmente franca, el sentimiento era mutuo. Cuando terminó nuestra llamada, cogí el ordenador para buscar billetes de avión. Si me iba a ir, quería hacerlo lo antes posible, pero antes tenía algo que hacer: enfrentarme a mi primera dimisión.

La noche anterior a mi reunión con Emily tuve un episodio de parálisis un tanto peculiar. Ninguno de los personajes oscuros se presentó. Allí solo estaba Agnes, y en esa ocasión hizo algo que nunca había hecho. Ella siempre se quedaba de pie en el marco de la puerta, mirándome, inmóvil. Esa noche, sin embargo, dio un paso al frente. Noté perfectamente cómo se acercaba, pero cuando quise incorporarme para acortar aún más la distancia entre nosotras, sonó la alarma.

Desperté sudando y agitada. Nunca antes Agnes había estado tan cerca. Me incorporé y miré el reloj, que marcaba las 6.45 Me gustaba levantarme a esa hora para que me diera tiempo a todo lo que, en mi cabeza, siem-

pre había sido el ritual perfecto. El patrón era el siguiente: desayuno, entrenamiento, ducha, elegir ropa, coger el coche y tomarme un segundo café antes de llegar al trabajo. Siempre me había hecho feliz cumplir con dicha rutina. Ese día no. Y es que la última vez que hice todo eso, también me había despertado al lado de Pablo, pues me había pasado las cuatro semanas posteriores a nuestra ruptura en casa de mis padres. Ese día me levanté con el fantasma de su ausencia, que nunca había pesado tanto desde la primera noche que me tocó dormir sola. Sabía que cada paso que diera ese día iba a recordarme que él ya no estaba. Aun así, hice de tripas corazón y deposité la poca energía que tenía en pensar en otras cosas.

Antes de acceder al recinto escolar, me quedé sentada en el coche mientras escuchaba «Hero» de Family of the Year, que era una de mis canciones favoritas. Después de varios segundos ensimismada por la letra, que había escuchado un millón de veces pero que disfrutaba analizando una y otra vez, me miré en el espejo retrovisor para comprobar que todo estuviera en orden. Recuerdo que ese día llevaba una trenza de raíz algo deshecha, estaba estrenando una blusa blanca con lazada al cuello y llevaba un brillo de labios con subtono granate en los labios. La memoria de Pablo intentó jugarme una mala pasada en forma de otro pensamiento intrusivo,

que fue rápidamente bloqueado por el recuerdo de Agnes. Y es que tampoco podía sacarme de la cabeza la forma en la que se había intentado acercar a mí esa noche. De hecho, analizando bien la situación, recordaba incluso cómo había esbozado una ligera pero tranquilizadora sonrisa. Pensar en ella me distraía, pero al mismo tiempo sufría al recordar que hace un mes tenía a alguien a quien contárselo. Pablo sabía de su existencia en mis sueños y, aunque siempre trató el tema con escepticismo, me gustaba contárselo. Pero él ya no estaba y yo tenía que conformarme con creer que, al menos, mi ángel de la guarda no me había abandonado.

Sacudí la cabeza, buscando deshacerme de cualquier pensamiento que no estuviera relacionado con mi misión ese día, abrí la puerta y cerré de un portazo que sonó a decisión firme oculta bajo un mar de dudas e inseguridades. Había quedado con Emily a las nueve y, de camino a su despacho, recé por evitar encontrarme a alguno de mis alumnos. Era finales de agosto y no sería la primera vez que acudían con sus padres a recoger el material escolar de ese curso. Tuve suerte, porque odio las despedidas, y llegué al despacho de la directora sin contratiempos emocionales. Titubeé unos segundos antes de dar tres golpecitos con los nudillos en la puerta, que estaba entreabierta. Me indicó que pasara y abrí para encon-

trarme de frente con Emily, que estaba de pie delante de su mesa.

—¡Alba! ¿Cómo estás? ¿Qué tal el verano? —me preguntó en inglés con un acento del noroeste de Inglaterra que siempre me había fascinado. Emily era de Liverpool y siempre se dirigía a mí en su idioma. No lo hacía con el resto de los profesores, pero como yo enseñaba su lengua a varias clases de secundaria, era lógico que conmigo sí.

—Buenos días, Emily. Bien, bueno... Tranquilito —mentí.

—He de reconocer que llevo esperándome lo peor desde que recibí tu mensaje. Por favor, no me digas que dejas el trabajo.

—Lo siento —dije apretando los labios y bajando la cabeza con resignación.

—O sea que sí —respondió, acercándose a mí e invitándome a sentarme en uno de los sillones que había en la esquina de su despacho.

—No estoy pasando por un buen momento y necesito salir del país un tiempo.

Ya estaba dando más explicaciones de las que me había prometido que daría. Al fin y al cabo, no sabía mentir, por lo que maquillar la realidad con falsedades no era una opción viable. Emily se quedó mirándome en silen-

cio con el firme objetivo de que siguiera hablando. Una vez leí que esa era una técnica muy usada por periodistas e investigadores para que entrevistados y criminales acabaran confesándolo todo. Funcionó. Al final logró que le contara que iba a visitar a mi hermano en Escocia y que, probablemente, intentaría recuperar mi vocación por la historia. Mi primera carrera fue Filología inglesa, pero después estudié Historia y me especialicé en vestuario de época por pura pasión. Aunque me gustaba dar clases, nunca había descartado dedicarme a algo relacionado con la materia en un futuro. Sonó muy razonable porque no estaba mintiendo, pero algo me dijo que Emily sabía que había una razón con más peso que esa. No me importó, pues si algo tenía claro es que no estaba dispuesta a cruzar la línea a lo sentimental.

—Pues no sé qué decirte, Alba... Me da mucha pena, pero si lo has pensado bien y es una decisión firme, no puedo hacer otra cosa que apoyarte en agradecimiento por tu labor estos años. Los alumnos te van a echar de menos.

Mierda, había dado en uno de mis puntos débiles: mis alumnos.

—Y yo a ellos —respondí con un nudo en la garganta que estoy segura de que notó.

—Bueno, aquí siempre tendrás tu casa —dijo justo antes de acercarse para darme un abrazo. Abrazo que, pa-

ra venir de una personalidad tan inglesa como la suya, se sintió muy cálido.

Salí de ahí lo más rápido que pude, sin mirar atrás y, de nuevo, rezando por no encontrarme con nadie de camino al coche. Lo conseguí. Aun con la conciencia tranquila, no pude evitar preguntarme cómo reaccionarían mis alumnos a mi ausencia en septiembre. La triste realidad es que me hubiera encantado reunir el valor para despedirme, pero ya atravesaba un duelo y dudaba mucho que mi corazón pudiera soportar dos.